

**desde la
historia •**

Fuimos mucho más que dos: testimonio de la esposa de un diplomático sobre el asilo en embajadas mexicanas

Mónica Toussaint

"Cada mujer, en su vida diaria,
participa en la historia que se está haciendo,
en un nivel específico, local,
comenzando por su propia historia y la de su entorno".
"La historia oral: una alternativa para estudiar a las mujeres", ANA LAU

Hace algunos años emprendí la tarea de llevar a cabo la reconstrucción de la historia de vida del embajador Gustavo Iruegas por medio de una larga serie de entrevistas, cuyo objetivo consistía en recuperar la historia de su actuación diplomática, entrelazándola con el estudio de la política exterior de México durante la segunda mitad del siglo XX. En el transcurso del relato, empezó a cobrar especial relevancia el papel desempeñado por su esposa Susana, no sólo como acompañante solidaria en una serie de episodios de la vida y la carrera diplomática de Gustavo Iruegas, sino como protagonista de la experiencia en las embajadas mexicanas en Nicaragua y El Salvador a fines de los años setenta y principios de los ochenta, cuando México otorgó asilo a cientos de perseguidos políticos. Por ello, el testimonio de Susana Iruegas se convirtió en algo fundamental.¹

Conversando con ella, las preguntas iniciales fueron: ¿qué significó ser la esposa de un embajador como Gustavo Iruegas?, ¿cómo se dio el tránsito entre la práctica de acompañarlo a recepciones y estar atenta al protocolo, a tener que dedicarse en cuerpo y alma a atender a cientos de asilados en las sedes diplomáticas mexicanas? y ¿qué implicaciones tuvo en su papel como madre de una hija pequeña? A partir de ellas, el relato se fue construyendo con la remembranza de las vivencias cotidianas durante su estancia en esos países.

¹ Una versión preliminar de este trabajo fue presentada como ponencia en el VIII Congreso Internacional de Historia Oral que tuvo lugar en Colima, del 9 al 11 de septiembre de 2009.

A lo largo de esos años, los días de Susana Iruegas transcurrieron entre explosiones de bombas, toques de queda y la llegada cotidiana de jóvenes perseguidos en busca de protección. De sol a sol, tuvo que dedicarse a dar atención a los asilados, preparar las comidas, organizar una serie de actividades; en suma, hacerse cargo de la logística necesaria para garantizar el buen funcionamiento de la embajada en medio de una situación de emergencia. Todo ello le permitió comprender lo que es la vida en situación de asilo, conocer a hombres y mujeres comprometidos con la lucha revolucionaria, compartir sus ideales y sus expectativas de cambio social, y entablar relaciones de amistad y afecto.

A partir de este testimonio se puede reconstruir una parte de la historia diplomática de México, así como de los movimientos sociales centroamericanos que lucharon contra las dictaduras en la región en las últimas décadas del siglo XX. Pero, sobre todo, nos permite conocer el papel de una mujer comprometida con una serie de tareas que iban mucho más allá de lo que se esperaba de la esposa de un diplomático, quien tomó la decisión de apoyar la lucha de los jóvenes revolucionarios nicaragüenses y salvadoreños.

Si consideramos la historia oral y el testimonio como recursos fundamentales para la reconstrucción del pasado, podemos encontrar una enorme riqueza derivada de la recuperación de la relación del individuo con su historia. Son los recuerdos los que nos permiten rescatar nuestro pasado, valorar nuestros logros y dar sentido a nuestro presente. Por medio de la entrevista transitamos más allá de los grandes procesos y logramos que aparezcan los detalles, vislumbramos los pequeños indicios, descubrimos nuevos temas, rescatamos a algunos actores tradicionalmente ignorados y nos topamos con la subjetividad. Logramos así un encuentro con el ayer, desde la perspectiva de un sujeto que rememora la experiencia pasada y nos ayuda con su testimonio a elaborar un relato histórico más complejo y cercano a la verdad (Garay 2006: 16-19).

Cuando entramos al análisis de la época contemporánea, el testimonio nos proporciona información distinta a la que ofrece el material documental. A partir de la historia de vida,² se construyen las vivencias y percepciones de los actores sociales cuyas historias no han sido consignadas en forma escrita o lo han sido sólo parcialmente. Asimismo, se recogen ciertos aspectos del acon-

² Para profundizar en la metodología para la elaboración de historias de vida puede consultarse Garay (1997).

tecer histórico por medio de la mirada y el recuerdo de actores u observadores directos de los procesos sociales, quienes los vivieron desde distintos ángulos (Collado 1994: 14-15). Es la memoria la que nos permite recordar y reconstruir lo vivido, elaborar un relato con base en nuestras remembranzas, hacer a un lado el olvido para traer al día de hoy nuestra historia y la de otros. Por ello, una de las aportaciones más valiosas a la hora de reconstruir las historias de vida es la presencia de la subjetividad, la historia viva, la individualidad de los actores, la relación con su entorno (Garay 1994: 10-11).

En el caso de la historia de las mujeres, tema que durante años estuvo marginado de los estudios académicos, la historia oral y las historias de vida se han convertido en herramientas fundamentales en la tarea de rescatar la memoria femenina. Ello ha contribuido al "análisis de los procesos histórico-sociales desde un punto de vista propio con el fin de alcanzar otras dimensiones en la historia social" (Lau 1994: 90-91). El mundo de las mujeres tiene su propia expresión en los diferentes tiempos y espacios; ser mujer tiene un significado específico que puede ser explicado si analizamos su participación en un contexto determinado que afecta de manera distinta la vida de los hombres y la de las mujeres (Lau 1994: 92). De aquí la riqueza del testimonio de Susana Iruegas, que pone en la mesa la necesidad de redefinir la experiencia de vida a través del análisis del universo cotidiano reflejado y transmitido por la memoria femenina en un momento específico: el periodo de la guerra en Centroamérica.

Una crisis regional

La crisis política centroamericana de fines de los años setenta del siglo XX tuvo raíces estructurales, cuya explicación se encuentra tanto en la historia interna de los países del istmo como en el juego de factores externos (Cueva 1987: 7-14). Fue este un periodo de crisis con carácter nacional en Nicaragua, El Salvador y Guatemala, países en donde las manifestaciones del deterioro social, económico y político fueron diferentes, pero en los que predominó como rasgo común una lucha por dejar atrás la historia de regímenes dictatoriales, autoritarios, militarizados y carentes de prácticas democráticas.³

³ Hablamos del control de la familia Somoza en Nicaragua por más de cuarenta años, la permanencia del ejército en el gobierno salvadoreño por casi medio siglo y los gobiernos militares que siguieron a la caída de Árbenz en Guatemala. Véase Rivas (1993: 16-17).

Frente al fracaso de los partidos políticos tradicionales, las protestas sociales fueron encabezadas por organizaciones estudiantiles y por el incipiente movimiento guerrillero, a lo cual se sumó la inconformidad de sectores cercanos a la oligarquía, como fue el caso de la Iglesia. Ante el incremento de las movilizaciones, la clase dominante respondió con una oleada creciente de represión, violencia y muerte.

En Nicaragua, las luchas y protestas masivas contra la carestía de la vida, la insalubridad, la falta de vivienda y otros muchos problemas se sucedían en los sindicatos, los barrios, las escuelas y el campo de manera espontánea. Existía una gran inquietud popular por organizarse contra la dictadura somocista que ejercía el monopolio político y económico en el país con el apoyo de la Guardia Nacional. Hasta ese momento, los movimientos opositores habían sido hegemonizados por el Partido Conservador, pero este experimentaba una pérdida gradual de apoyo por parte de los sectores populares. Fue entonces cuando el movimiento estudiantil comenzó a esgrimir la figura de Augusto César Sandino y la consigna antiimperialista como banderas de lucha en contra del régimen de Anastasio Somoza, comenzando así una nueva etapa en el desarrollo de las luchas populares en Nicaragua, encabezadas por el recién creado Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) (Ortega Saavedra 1979; Arias 1981).

En El Salvador, 1980 y 1981 fueron años de insurrección y represión. Después de la movilización popular del 22 de enero de 1980, siguieron una serie de sublevaciones en las áreas rurales del país encabezadas por incipientes núcleos guerrilleros, que culminaron con la fallida "Ofensiva Final" del 10 de enero de 1981. Poco a poco las fuerzas revolucionarias se vieron reducidas a las zonas rurales sublevadas, que se constituyeron en bastiones rebeldes. Mientras tanto, en las ciudades y en las áreas del interior en las que la rebelión había sido derrotada, los sobrevivientes del movimiento popular fueron diezmados por los cuerpos represivos oficiales y los escuadrones de la muerte (Castillo, Toussaint y Vásquez 2010).

El esfuerzo contrainsurgente del régimen salvadoreño se concentró principalmente en las zonas urbanas, adquiriendo características francamente genocidas. A ello se sumaron la carencia de armamento y las discrepancias entre los distintos grupos armados que encabezaban la sublevación, lo que impidió que se capitalizara en ese momento la enorme fuerza política de masas acumulada durante años y que se aprovechara la oleada revolucionaria provocada por el triunfo sandinista en Nicaragua el 19 de julio de 1979 (Castillo, Toussaint y Vásquez 2010).

A raíz de la crisis política en el istmo centroamericano, el gobierno del presidente José López Portillo adoptó una política de Estado encaminada a apoyar a los movimientos de liberación nacional en Nicaragua y El Salvador por medio del otorgamiento de asilo en las sedes diplomáticas; la ruptura de relaciones con el gobierno de Anastasio Somoza en Nicaragua; la elaboración del comunicado franco-mexicano, que daba a la guerrilla salvadoreña el carácter de fuerza representativa; y el reconocimiento al Gobierno Sandinista de Reconstrucción Nacional. Por medio de estas acciones, México buscaba contribuir a encontrar una salida democrática a la crisis política regional y, al mismo tiempo, lograr cierto margen de autonomía e independencia frente al gobierno de Estados Unidos (Toussaint *et al.*, 2001).

Eran cientos de asilados

En septiembre de 1978, meses antes del triunfo de los sandinistas en Nicaragua, un funcionario de carrera del Servicio Exterior Mexicano, Gustavo Iruegas, se hizo cargo de la embajada de México en Nicaragua, comisionado como encargado de negocios *ad hoc*, después de que el gobierno de México retirara a su embajador en ese país. Susana Iruegas cuenta cómo "llegó a la casa, y me dijo: me voy mañana, y tú te vienes en una semana. Hay toque de queda, la situación está muy dura, no te puedes traer a la niña. Entonces se la dejé a mi suegra, que vivía en Ciudad Satélite, y luego vino mi mamá a cuidarla. Yo ni lo pensaba, lo primero era irme con él" (entrevista de la autora a Susana Iruegas, 10 de octubre de 2007).

Desde su arribo, Susana y Gustavo se encontraron con que el número de asilados que huían de la represión del gobierno de Somoza crecía día con día:

Cuando llegamos —dice el embajador Iruegas—, fuimos a la embajada a la mañana siguiente, y ya había ahí entre doce y quince muchachos asilados, y la noticia era que había una insurrección en siete ciudades, no nada más en Managua [...] Teníamos una entrada de aproximadamente once muchachos diarios que solicitaban asilo. Más o menos a la semana llegó Susie, con un cargamento de medicinas (entrevista de la autora a Gustavo Iruegas, 9 de mayo de 2007).

A partir de ese momento, su tarea consistió en administrar la embajada y organizar las actividades para atender a los jóvenes que se habían refugiado en ella.

En tiempos de Iruegas, en la embajada de México en Nicaragua llegaron a tener entre 750 y 800 asilados, cuya edad fluctuaba entre 18 y veinte años, y siempre se contó con el respaldo del gobierno de México. De manera

periódica llegaba a Managua un avión del Estado Mayor que les llevaba comida, sacos de frijoles, latas y colchonetas, que era lo que usualmente tenían dispuesto para las situaciones de emergencia, y de regreso el avión se llevaba a los asilados que contaban con un salvoconducto (entrevista a Gustavo Iruegas, 9 de mayo de 2007).

¿Cómo vivían los asilados en la embajada de México en Managua? La embajada se cerraba a las seis de la tarde y a las diez de la noche se apagaba la luz. Las mujeres se acostaban en el suelo de toda la casa, en colchonetas. En el jardín se colocaron unas tiendas de campaña grandes de la Cruz Roja para que durmieran los hombres; adentro de la casa dormían las mujeres que eran menos y afuera los hombres (entrevista a Gustavo Iruegas, 9 de mayo de 2007). Susie relata:

Se tuvieron que hacer diez regaderas, construir una fosa séptica e instalar una tubería que salía hacia la calle porque había demasiada gente. Era una casa de una familia en la cual llegaron a vivir 80, 90, 100 o 300 muchachos. Entonces, las regaderas no se cerraban nunca: el primero se bañaba y luego todos los demás, y cuando al primero le tocaba de nuevo apenas se había acabado de bañar el último (entrevista a Susana Iruegas, 10 de octubre de 2007).

Todos los días, Susana Iruegas hacía de comer en la residencia, junto con una señora que le ayudaba, y les llevaba los alimentos a los asilados que se encontraban en la embajada, que estaba a unas cuadras de distancia. Susie recuerda:

De repente me vi haciendo desayunos, comidas y cenas para los muchachos que estaban asilados; primero fueron 27, luego 70 y llegaron a ser cientos. Entonces, simplemente aumentaba las cantidades. Sufría mucho pensando que no me iba a alcanzar y hacía siempre mucha más cantidad de la que debía. Iba al mercado tempranito a comprar la cebolla, los artículos perecederos, los condimentos y un queso parecido al queso panela, un queso blanco. Le pregunté a la cocinera qué les podría gustar, y también que no fuera lo más caro. Entonces compraba hígado y lo hacía encebollado, cortadito, y en la noche se me ocurría nada más darles huevo, cacerolas de huevo revuelto con papa o con chorizo, y compraba también tortillas [...] Además, llegó un cargamento de México, un avión con papel sanitario, pasta de dientes, colchonetas, jabón de baño, pantalones de mezclilla, camisetas blancas y tenis. Y también traían cajas de galletas de coco, latas de sardinas y de atún [...] Lo que más mandaban eran las sardinas, y entonces tres veces a la semana yo no compraba ni carne, ni hígado, porque mejor les daba de esa latería que me habían enviado. Se las hacía de diferentes maneras para que no se aburrieran, pero sí les daba más sardinas que otra cosa.

Entonces, un día llegó uno de los muchachos y le dijo: "Doña Susie, ¿otra vez sardinas?". Le respondió: "No te quejes". Pero insistió: "No me quejo, es que usted nos va a convertir en el Frente Sardinista de Liberación Nacional" (entrevista a Susana Iruegas, 10 de octubre de 2007).

La otra embajada que daba asilo era la de Venezuela, pero el gobierno venezolano no tenía una política de apoyar a su representación diplomática en términos de suministros, materiales o comida. Ahí las familias les tenían que llevar de comer a los asilados, por lo que los víveres eran muy escasos y la situación era cada vez más difícil, de modo que, quienes no tenían familia, optaban por irse de ahí y meterse en la embajada de México, porque en ella se comía mejor o, simplemente, se comía. Susana Iruegas narra cómo un día "llegaron varios, así juntos, y les dije que de dónde venían, y me dijeron de la embajada de Venezuela". Y les preguntó: "Pues si estaban en la embajada de Venezuela, ¿por qué vienen a pedir asilo a la de México?". Y entonces le respondieron: "Es que aquí dan de comer; nos dijeron los compas que aquí les dan de comer" (entrevista a Susana Iruegas, 10 de octubre de 2007).

El día se distribuía de la siguiente manera —continúa el relato de Doña Susie, como le decían los asilados—:

A las seis de la mañana veía que tuvieran leche en polvo ya lista y que se la tomaran con las galletas; ese era el desayuno. Inmediatamente nos poníamos a limpiar el arroz y los frijoles; eran diez kilos de arroz y diez kilos de frijoles que se hacían diario. El atún se los hacía como ensalada o con pasta, y la mayonesa la preparábamos nosotros mismos. El domingo desayunaban lo de siempre, de comida les daba nacatamal⁴ y en la noche era el día de visita de su familia, que generalmente les traía quesillo o alguna otra cosa. Eso sí, yo dejé muy claro que todos tenían que repartir y les decía: tu pedazo de queso lo vas a compartir con tu compañero, con quien tú quieras, pero lo vas a compartir, porque no todos tienen a la familia que los puede venir a ver. Y lo empecé haciendo con el Grupo de los Doce, pues la gente que los visitaba siempre llegaba con un pastel o con un postre. Entonces yo les decía: escojan y quédense con dos, y yo me llevo el resto para los muchachos. [...]

Yo me sentía útil en ese momento y me sentía bien recibida. Era muy importante para mí irles a llevar su comida y su cena, aunque la cena se las tuviéramos que llevar en medio del toque de queda. Al caminar esas tres cuadras que separaban la residencia de la embajada, estábamos arriesgando a que nos pararan y nos llevaran detenidas (entrevista a Susana Iruegas, 10 de octubre de 2007).

El Grupo de los Doce y el oso meón

Junto con el FSLN, la oposición antisomocista empezó a aglutinarse y a conformar bloques unitarios en contra del dictador. Tal fue el caso del Grupo de los Doce, compuesto por figuras reconocidas de los distintos ámbitos de la política, la economía, la sociedad civil, la educación, la cultura, la iniciativa

⁴ Tamal de cerdo que forma parte de la rica tradición culinaria nicaragüense.

privada y la Iglesia en Nicaragua. Sus integrantes eran Sergio Ramírez, escritor; Fernando Cardenal, sacerdote jesuita; Arturo Cruz, banquero; Joaquín Cuadra, abogado; Felipe Mántica, industrial; Carlos Gutiérrez, dentista; Ernesto Castillo, abogado; Miguel D'Escoto, sacerdote; Carlos Tunnerman, arquitecto y exrector de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua; Casimiro Sotelo, arquitecto; Emilio Baltodano, industrial; y Ricardo Coronel, agrónomo (Lozano 1985: 93). El Grupo de los Doce formaba parte del Frente Amplio Opositor (FAO), constituido en mayo de 1978. Este estaba integrado también por el Movimiento Democrático Nicaragüense (MDN), dirigido por Alfonso Robelo, y por la Unión Democrática de Liberación (UDEL), grupo opositor surgido en 1974 y encabezado por Pedro Joaquín Chamorro, la cual agrupaba a miembros del Partido Conservador tradicional y del Partido Socialista Nicaragüense (PSN), algunos sindicatos de la Central de Trabajadores Nicaragüenses (CTN), grupos democristianos y, en general, sectores de la pequeña burguesía (Borge 1981; Carmona 1980).

El Frente Amplio Opositor y la Organización de Estados Americanos (OEA) pretendieron negociar en 1978 una salida pacífica al conflicto a través de una fórmula que se denominó "un somocismo sin Somoza", para lo cual contaban con el apoyo del gobierno de Washington, en ese momento encabezado por Jimmy Carter. Como consecuencia, el Grupo de los Doce, el PSN y la CTN se retiraron del FAO (Alegría 1982). Siete de los miembros del Grupo de los Doce, encabezados por el escritor Sergio Ramírez, se fueron a la embajada de México a solicitar asilo y se les apodó como "los siete doceavos". Tiempo después abandonaron la embajada dejando una carta que decía: "Gracias, adiós, los liberamos de toda responsabilidad" (entrevista a Gustavo Iruegas, 9 de mayo de 2007).

Susana Iruegas relata la llegada de los miembros del Grupo de los Doce:

Esa misma noche que llegaron tuvimos que poner camastros porque no había suficientes camas para todos; entonces Gustavo [Iruegas] decidió que se quedaran las tres recámaras para los miembros del Grupo de los Doce. A Sergio Ramírez, que es muy alto, le tocó en uno de los camastros y se le salían los pies. Esa noche todos estábamos nerviosos y alterados, teníamos miedo. De repente, empezamos a escuchar gritos y lo que de inmediato nos pasó por la mente era que se habían metido los militares a sabiendas de que estaban ahí algunos miembros del Grupo de los Doce [...] Eran unos gritos aterradores [...] Salimos corriendo y resultó ser que a Sergio, estando ya dormido, le había caído un líquido de arriba del techo. Y es que en Nicaragua construyen con falsos plafones por los terremotos, y en esos plafones falsos se meten animales y a uno de ellos le dicen oso meón. Era un animal que estaba viviendo allá arriba y, cuando este se orinó, le cayó a Sergio y se asustó, se levantó, pegó de gritos y todos fuimos a ver qué había pasado y había sido sólo eso [...] un oso meón (entrevista a Susana Iruegas, 10 de octubre de 2007).

De la disciplina a la fiesta

Mientras se encontraban asilados en la embajada de México, los muchachos estaban fuera de su ambiente, de su hogar, encerrados, preocupados por su vida, sin saber qué iba a suceder, qué iba a ser de ellos, pero, al contrario de lo que se pudiera pensar, eran muy disciplinados. Se les asignaban tareas de limpieza de las distintas áreas, de higiene personal, debían enrollar su colchoneta y guardar todas sus cosas para que en el día no se vieran, y tenían que limpiar el jardín. Algunos oían Radio Sandino, y otros formaron un grupo para alfabetizar a varios muchachos que no sabían leer y escribir (entrevista a Susana Iruegas, 10 de octubre de 2007). Desde luego, hubo casos menores de indisciplina, como el que cuenta Susie Iruegas. Después de la comida se hacía una reunión disciplinaria, y en una ocasión le informaron de un muchacho que se había robado una caja de galletas. Susie le preguntó: "¿Por qué hiciste eso, compa? Eso no se hace". Él le respondió: "Doña Susie, es que tenía mucha hambre y a mí me dan sólo dos galletitas de coco y yo necesito comer más, porque yo tengo mucha hambre" (entrevista a Susana Iruegas, 10 de octubre de 2007). Eso era todo, quienes se metían a la cocina y se robaban algunas galletas o un poco más de leche lo hacían porque tenían hambre.

A mí me recibían como la gran cosa; ya llegó doña Susie —gritaban—, ya llegó doña Susie. Quería decir que ya había llegado la comida. Entonces con dos o tres mujeres más poníamos las mesas, colocábamos la comida y empezaban a hacer fila para que se les sirvieran los alimentos. Yo creo que muchos de ellos comieron como no habían comido en su vida, porque de México nos mandaban mango en lata, duraznos en almíbar, y yo creo que muchos de ellos nunca los habían probado. Algunos ni siquiera sabían usar los cubiertos. Como dije —continúa su relato—, algunas mujeres me ayudaban y ellas comían después. También eran ellas quienes me informaban sobre la disciplina, de alguna cosa que alguien había hecho mal, pero que les daba pena hablarlo con los funcionarios de la embajada y preferían decírmelo a mí (entrevista a Susana Iruegas, 10 de octubre de 2007).

La realidad cotidiana era en ocasiones brutal, nos dice Susie:

A veces le daba yo en la boca de comer a un muchacho que llegó sin brazos, porque haciendo una bomba le explotó a él y se quedó sin los dos brazos. Ese muchacho me impactó mucho. También me impresionó el caso de una muchacha joven que desde que llegó había que curarla porque la habían violado y tenía una infección vaginal espantosa. Había que limpiarla y ponerle yodo, y eso lo hacía yo. En otra ocasión llegaron unos muchachos con lepra de montaña, que es una especie de hongo, y nos dijeron que para evitar el contagio teníamos que inyectarlos a todos. Así que un día, antes de servir la comida, les dije: pónganse en la fila y bájense los pantalones porque los vamos a inyectar. Yo me acuerdo que nada más veía nalgas, no sabía ya ni a quién estaba inyectando, pero era la única manera de evitar que se propagara la infección (entrevista a Susana Iruegas, 10 de octubre de 2007).

Pero junto con las dificultades, la tensión y el cansancio, pasaban cosas muy bonitas. El 12 de octubre, que era el cumpleaños de Susie, los asilados se organizaron para cocinar y prepararon un acto con música y una pequeña representación dramática. Ya en la noche, alguien tocó a la puerta, y cuando fueron a abrir, vieron que se trataba de un muchacho y una muchacha que traían una caja. Adentro había un pastel que decía: "Felicidades doña Susie, FSLN". Además, "le regalaron unos rollitos con poemas, unas hojas de papel con las orillitas quemadas para que parecieran pergaminos viejos, y los canallas —decía Gustavo Iruegas— también le habían escrito poemas de amor". Y luego aclaraban: "Doña Susie, ya le explicamos a fulanito de tal que usted es la esposa del embajador, que no se puede estar haciendo poemas de amor a la esposa del embajador". Lo hacían porque no sabían quién era ella; muchos pensaban que era una mujer que llegaba y les daba de comer, no sabían que era la esposa del señor que les había dado el asilo (entrevista a Gustavo Iruegas, 9 de mayo de 2007, y entrevista a Susana Iruegas, 10 de octubre de 2007).

Otra anécdota muy sensible para Susie fue cuando una tarde le avisaron que había llegado un pintor que preguntaba por ella. No lo recibió, pero dio instrucciones para que se le enseñaran los lugares de la casa que había que pintar. Al día siguiente, el pintor regresó. Relata Susie:

Resulta que era un guerrillero que había bajado de la montaña con el encargo de pintarme un cuadro y yo no lo había recibido el día anterior, lo había mandado al demonio porque estaba cansada y lo hice regresar, con el peligro que esto implicaba. Pudo haber perdido la vida porque había toque de queda y no se podía estar en las calles. Me hizo sentir muy mal cuando me dijo: es que me pidieron los compas que la dibujara, póngase aquí. Yo traía una blusa Lacoste y hasta el lagarto apareció en el dibujo. Yo le preguntaba: ¿qué quiere tomar? Y él me decía: un roncito. Y el roncito se convirtió en botella de ron los dos días que vino a dibujarme. Yo creo que por eso me hizo bizca el pobre pintor (entrevista a Susana Iruegas, 10 de octubre de 2007).

Ayudando a una causa justa

Durante su estancia en Nicaragua, Susana Iruegas colaboró con los sandinistas en varias formas, ya fuera ayudando a entregar dinero o incluso a transportar armas. Susie prosigue con la narración:

Hubo dos ocasiones, una en la que me mandaron a mí porque era mujer, y vistieron a otra mujer de niña de escuela con su faldita plisada y su camisa blanca, y fuimos creo que a Granada. Y llevábamos un paquete de armas. En el camino nos pararon y empezaron a catear a la muchacha que iba conmigo y, cuando me iban a catear a mí, uno de los militares dijo: ¿ya viste que son placas diplomáticas? Mejor váyanse. Y nos dejaron ir. Yo ahí no me puse nerviosa, te digo la verdad. Después llegamos a una

finca donde se quedó la muchacha y ellos bajaron las cosas; yo no sabía ni qué eran. Entonces me regalaron una escultura de Sandino de madera y pensé: no la voy a tener a la vista, y me la puse entre las piernas y arranqué el carro. Y ahí sí me puse nerviosa porque dije: me agarran a mí con un Sandino [...] Pero no sucedió nada, no me pararon y no pasó a mayores. [...]

La segunda vez —nos dice Susie— fue cuando Gustavo me llamó para avisarme que se tenía que ir a México. Pero esa misma noche también tenía la misión de ir a entregar una maleta a una gasolinera. Entonces me dijo: ya está en la cajuela, Susie, pero hazme el favor de llevarla tú a la gasolinera de tal calle, a tal hora; no te preocupes, tú nada más abres la cajuela, ellos la sacan y tú no vas a hacer nada. Entonces agarré el carro, fui a la gasolinera, abrí la cajuela, se acercaron dos chavos, cerraron la cajuela, golpearon dos veces el carro, arranqué y me regresé. A los dos días, viendo las noticias, de repente dijeron que hubo un ataque y que se habían encontrado el mortero, algunas balas y otras cosas que iban dentro de una bolsa; y me acuerdo que la cámara iba enfocando distintos lugares y de repente vi la bolsa que yo había llevado. Yo sabía que lo que estaba haciendo era correcto porque era para ayudar a una causa que se me hacía justa. Por convicción lo hacía, pero mientras menos me enterara, mejor. [...]

En otra ocasión —cuenta Susie—, me dieron un paquete, me dijeron a dónde ir, lo entregué en un departamento en un edificio bonito, y me fui. Al triunfo de la revolución, asistí con Gustavo a una recepción y un señor me dijo: usted es la señora del millón de dólares. Fue entonces cuando supe que el paquete que había entregado llevaba un millón de dólares. Era un millón de dólares que me había dado Tito Castillo, uno de los miembros del Grupo de los Doce, para la causa (entrevista a Susana Iruegas, 10 de octubre de 2007).

El adiós a Nicaragua

En mayo de 1979, el gobierno mexicano resolvió romper relaciones con el gobierno de Somoza. En opinión de Gustavo Iruegas, el ejército sandinista estaba listo para llevar a cabo la ofensiva final, y la ruptura de México significaría el inicio del aislamiento internacional del dictador (entrevista a Gustavo Iruegas, 9 de mayo de 2007). Y así fue. Días antes, Susie había regresado a México a ver a su hija Ix-nic, a quien había dejado durante varios meses a cargo de su madre y de su suegra. Susie no pudo regresar a Managua porque el canciller Jorge Castañeda consideró que por su seguridad era mejor que permaneciera en México, lo cual le dolió muchísimo porque, como ella decía, "no se pudo despedir de los muchachos" (entrevista a Susana Iruegas, 10 de octubre de 2007). Al final, una vez que el gobierno mexicano rompió relaciones con el régimen de Anastasio Somoza, Gustavo Iruegas acompañó a los asilados que habían obtenido salvoconducto en su traslado a México en el avión *Quetzalcóatl*, concluyendo así su paso por Nicaragua.

El Salvador: entre bombas y pupusas

Fue precisamente a mediados de 1980, después de que el gobierno mexicano decidiera retirar a su embajador en El Salvador, cuando Gustavo Iruegas fue comisionado como encargado de negocios *ad hoc* en ese país. Susie Iruegas lo alcanzó en San Salvador cuatro meses después. Narra Susie cómo la recibió Gustavo a su llegada:

Llegué y Gustavo me estaba esperando con los brazos abiertos, con un ramo enorme de flores, de rosas rojas, con una tarjeta diciendo que me había extrañado como nunca y dándome las gracias por venir a El Salvador. Una cosa impresionante y una cosa muy extraña en él, porque Gustavo es muy poco expresivo y muy seco, pero estaba feliz de que yo hubiera llegado. Había también toque de queda, y a cada rato escuchábamos los bombazos. Como la embajada estaba al lado de una gasolinera, me daba mucho miedo, porque había habido anuncios de que estaban poniendo una bomba, que habían dejado dinamita en la puerta de la embajada y, con la gasolinera al lado, era una cosa horrible. Una mañana estábamos desayunando todos en la mesa y de repente explotó una bomba. Había sido como a diez cuadras, pero parecía que había explotado en el jardín de la casa. Nos tiramos todos al suelo. Era un carro-bomba, y el motor apareció como a dos cuadras más allá de donde había explotado la bomba. No había muertos, porque la guerrilla las ponía en lugares o a las horas en las que no había gente, pero siempre había bombas. En otra ocasión fuimos a un cine que estaba muy cerquita de la embajada. Saliendo del cine nos fuimos a comer pupusas y ahí oímos que explotó una bomba. Luego nos enteramos que había sido en el cine donde habíamos estado. Del pupusódromo nos fuimos a la embajada y, más tarde, explotó una bomba en el pupusódromo. Entonces le dije a Gustavo de broma: van a pensar que somos nosotros los que estamos poniendo las bombas. Pero ya estábamos acostumbrados. Sonaba la detonación y nos tirábamos cada uno para su lado de la cama, desde abajo nos decíamos "ya, ya pasó", nos subíamos otra vez a la cama y tratábamos de investigar qué había sucedido, dónde había sido, si había habido muertos o no (entrevista a Susana Iruegas, 10 de octubre de 2007).

Luna de miel virtual

Durante los cuatro meses que permaneció en México mientras su esposo se había adelantado a su misión en El Salvador, Susie fue a pasar con él algunos fines de semana. Una de esas visitas fue especialmente significativa:

Antes de renunciar a mi trabajo en México, fui de visita un fin de semana. Pedí permiso y me dejaron ir jueves, viernes, sábado y domingo. Gustavo me recibió y me dijo: vamos a la residencia, pero yo me voy a ir tres días. Eso sí, todo el mundo tiene que pensar que tú y yo estamos haciendo el amor aquí adentro, que estamos aquí en la casa, en el cuarto, y que no nos deben de molestar. Le dije: está bien. Yo decía que sí y se acabó. Y Gustavo se fue a la montaña, a un campamento de la guerrilla salvadoreña. Teníamos a dos militares del Estado Mayor Presidencial cuidándonos en la embajada. Y ellos, más que nadie, debían pensar que Gustavo estaba conmigo encerrado, que llevábamos dos meses sin vernos y que queríamos estar solos. Entonces yo me pasé tres días viendo televisión, me daba baños de horas enteras en la tina con burbujas, leía, pedía que me

trajeran el periódico; en fin, no tenía nada que hacer más que esperar. Me dejaban la charola con la comida para dos y yo tiraba la comida de Gustavo. El día que Gustavo tenía que regresar, no llegaba, no llegaba y no llegaba. Entonces ahí sí me empecé a preocupar. Finalmente Gustavo regresó agotado, demacrado, con kilos de menos, pero trajo muy buena información. Eso sí, todo el mundo pensó que nosotros habíamos estado esos días de luna de miel (entrevista a Susana Iruegas, 10 de octubre de 2007).

Epílogo salvadoreño

Concluye Susie:

En El Salvador nos quedamos relativamente poco, pero fue duro, muy duro. Los asilados que tuvimos en esa época eran poquitos y sí se les dio el salvoconducto. Las misiones de Gustavo así eran: de un año o año y medio. Con Gustavo, la vida no ha sido aburrida nunca. No es que haya sido fácil, simplemente no ha sido aburrida. Ni tampoco tan difícil, pero ha sido intensa, eso sí (entrevista a Susana Iruegas, 10 de octubre de 2007).

Reflexión final

Elemento central de la política exterior de México en la segunda mitad del siglo XX fue el activismo hacia Centroamérica. Específicamente durante las gestiones de Gustavo Iruegas al frente de las embajadas de México en Nicaragua y El Salvador, se llevaron a cabo acciones consistentes de solidaridad y apoyo a las causas justas, que dieron muestra tanto del interés de México en los asuntos centroamericanos como de su grado de responsabilidad y compromiso con las luchas sociales y la búsqueda de la paz en la región.

Sin embargo, gracias a los testimonios del embajador Iruegas y de su esposa Susana, se pudo comprobar que, junto con una política de Estado favorable a las luchas revolucionarias centroamericanas en contra de las dictaduras, pesaron en este proceso las ideas y el compromiso de los actores concretos que los llevaron a dar atención a los asilados que buscaron protección en las embajadas y, como dijimos antes, compartir sus ideales y expectativas de cambio social al tiempo que establecían relaciones de amistad y afecto.

Destaca en especial el papel de Susie Iruegas, mujer comprometida, valiente y solidaria, dispuesta a dedicarse personalmente durante varios meses al cuidado de los cientos de jóvenes y dirigentes políticos asilados, perseguidos tanto por el régimen de Somoza como por el gobierno militar salvadoreño, y a colaborar, en la medida de sus posibilidades, con los movimientos guerrilleros. Su experiencia permitió comprender y reconstruir un caso poco común: la vida de la esposa de un diplomático mexicano en Centroamérica que transitó de las reglas del protocolo al apoyo a la lucha revolucionaria ●

Bibliografía

- Alegría, Claribel, 1982, *Nicaragua: la revolución sandinista*, Editorial Era, México.
- Arias, Pilar, 1981, *Nicaragua: revolución. Relatos de combatientes*, Siglo XXI, México.
- Borge, Tomás, 1981, *Los primeros pasos: la revolución sandinista*, Siglo XXI, México.
- Carmona, Fernando, 1980, *Nicaragua: la estrategia de la victoria*, Nuestro Tiempo, México.
- Castillo, Manuel Ángel, Mónica Toussaint y Mario Vázquez, 2010, *México ante Centroamérica: altibajos de una relación insoslayable*, AHD/SRE, México.
- Collado, Carmen, 1994, "¿Qué es la historia oral?", en Graciela de Garay (coord.), *La historia con micrófono*, Instituto Mora, México, pp. 13-32.
- Cueva, Agustín, 1987, "Las raíces del conflicto centroamericano", en *Centroamérica: una historia sin retoque*, El Día, México, pp. 7-14.
- Garay, Graciela de (coord.), 1994, *La historia con micrófono*, Instituto Mora, México.
- Garay, Graciela de (coord.), 1997, *Cuéntame tu vida. Historia oral: historias de vida*, Instituto Mora, México.
- Garay, Graciela de, 2006, "¿Por qué las palabras hacen historia?", en *Gilberto Bosques: el oficio del gran negociador*, Instituto Matías Romero/Secretaría de Relaciones Exteriores, México, pp. 13-24.
- Lau, Ana, 1994, "La historia oral: una alternativa para estudiar a las mujeres", en Graciela de Garay (coord.), *La historia con micrófono*, Instituto Mora, México, pp. 90-101.
- Lozano, Lucrecia, 1985, *De Sandino al triunfo de la revolución*, Siglo XXI, México.
- Ortega Saavedra, Humberto, 1979, *50 años de lucha sandinista*, Editorial Diógenes, México.
- Torres Rivas, Edelberto, 1993, "Introducción a la década", en *Historia general de Centroamérica. Historia inmediata (1979-1991)*, FLACSO, Madrid, t. VI.
- Toussaint, Mónica et al., 2001, *Vecindad y diplomacia. Centroamérica en la política exterior mexicana, 1821-1988*, AHD/SRE, México.